

humanas, ahondan el abismo. El menosprecio de Lord Byron por la etiqueta británica, parece á la educación y al temperamento de su mujer un sacrilegio. Sus salidas bruscas en medio de aquella sociedad acompasada, son un tormento. Ella calcula todas sus acciones, y él las improvisa; ella es una aprovechada discípula de matemáticas, y él es un gran maestro en poesía: ambos incompatibles. Su virtud, severa, pero fría, no puede consentir el desorden moral, no de las acciones, de las ideas del poeta. Siente que ha caído desde la serenidad inalterable de su existencia al caos. Su terror va tan lejos, que consulta á los legistas, á los médicos, para que dirijan péfidos interrogatorios á su esposo, á fin de encerrarlo en un manicomio, cuando merecía un Olimpo. La reserva de ella y la franqueza de él, son causa de continuos choques. Los últimos restos de las aventuras de Byron, que alguna vez pasaban como sombras por los bordes del horizonte, la desesperaban. Por fin, sintióse un día madre, y cruelmente escogió este instante de esperanza y de amor; este instante, en que la vida tiene ya algún precio y algún fin concreto; en que el corazón se dobla; en que las entrañas de la mujer se convierten para el mundo en el santuario de un nuevo sér; este instante de transfiguración, para urdir su criminal proyecto de abandonar al poeta.

En efecto, vino al mundo una niña. Y apenas repuesta de su parto, pidió permiso á Byron para ir á ver á sus padres. Byron se lo concedió, y en cuanto llegó al hogar paterno, escribió su mujer una carta diciendo que su partida era fuga y que debían vivir separados para siempre ante Dios y los hombres. No es posible decir cómo la sociedad inglesa se indignó contra su ilustre hijo. La Historia no guarda ejemplo de cóleras semejantes. Todas las reputaciones que había herido, todas las envidias que había sembrado con su genio, todas las costumbres viejas que había ridiculizado con su sátira, todos los privilegios que había combatido con su elocuencia, el clero protestante, la aristocracia británica, las sociedades particulares, los literatos, los ministros, la corte, el pueblo, en fin, tan fácil de engañar, todas las preocupaciones británicas se levantaron contra Byron como víboras. Las puertas de todas las sociedades se cerraron para él. Las manos, que antes le tejían coronas, se retiraron de su contacto, como si temieran quemarse con algún virus. Los muchachos le arrojaban barro. En los teatros le silbaban. Los libelos más inmundos le atribuían los vicios más abominables. La prensa cotidiana le inmolaba en caricaturas horribles. Los padres ocultaban sus hijas de aquellos ojos de basilisco. Las mujeres, tan celosas por las prerrogativas de su sexo, desmayábanse cuando veían al monstruo. Era, á los ojos de la sociedad, un Satanás iluminado por el genio para mostrar mejor que no tenía ni corazón ni conciencia. No hubo remedio; después de haber perdido el hogar, perdió la patria; tuvo que huir, desterrado sin gloria, mártir sin corona, infeliz entre todos los infelices del mundo, ángel escupido y lleno de lodo de las calles de Londres, y de sus asquerosas inmundicias, arrojadas á su rostro escultórico por una sociedad

embriagada de odio. ¡Poeta, gran poeta! Indudablemente los hombres no saben que es imposible tener grandes cualidades sin tener también grandes defectos. No saben que toda virtud extraordinaria, que todo mérito sobresaliente, nacen de un desequilibrio entre las facultades humanas. No saben que la perfección del oído se relaciona con la imperfección de la vista; y á veces la perfección de la fantasía, con la imperfección de la conciencia. No saben que así como los órganos de los animales son proporcionados á su destino en la creación, las facultades de los genios son proporcionadas á su destino en la Historia. Preguntadle á Dios por qué el águila no canta como el ruiseñor. Preguntadle por qué el caballo no tiene la fuerza del toro. No queremos tampoco persuadirnos de cuántas fatalidades físicas nos rodean, nos abruman dentro y fuera del organismo. El talento está en el alma, pero influye en el cuerpo. Todo talento sobrenatural es una enfermedad en una entraña. Tal ópera que os encanta, y tal melodía que os transporta al mundo de los ensueños, ha sido engendrada tal vez por una aneurisma; tal poema que os inspira grandes pensamientos, grandes aspiraciones, ha sido escrito con bilis; tal obra asombrosa, que deja una huella inextinguible en la Historia, devora, destroza su organismo; tal discurso que despierta á las ideas una generación, es un ataque de nervios; tal potencia intelectual, que llega hasta pesar los astros y hasta señalar como en un mapa los límites de la razón humana, es la esterilidad y la impotencia para el cuerpo; y todo genio es una enfermedad mortal. No creáis en esa impasibilidad de estatuas que han querido darse Goethe y Rosini; no creáis en esa indiferencia olímpica con que han penetrado desde las tormentas de la vida en el cielo de la inmortalidad; como si en este mundo fuesen ya de mármol, en vez de ser esa carne que abrasa los huesos y de esa sangre que hierve. El genio es una enfermedad divina; el genio es un martirio. El poeta se apodera de la luz, de las estrellas, de los montes, de los mares, para convertirlos en ideas, en cánticos. El poeta disuelve el Universo para moler los colores de sus cuadros. Pero no puede emprender este trabajo titánico sin destrozarse en él completamente. No se puede penetrar en el fuego sin quemarse; no se puede subir á las alturas de la atmósfera sin congelarse; no se puede acercar el cuerpo á la nube tonante sin recibir en tan fácil conductor de la electricidad el latigazo del rayo. Esos séres, que desde el barro de la tierra se elevan tanto y tanto, llegando á convertirse en séres transparentes, como los ángeles; en séres luminosos, como las estrellas, para desde el escollo de sus naufragios tender su luz sobre generaciones de generaciones, han tenido que alimentar ese resplandor divino que se alza en la milagrosa lámpara de su cerebro, han tenido que alimentarlo con lágrimas de sus ojos y sangre de sus corazones.

Llegamos en esta narración, ya larga, al fin de la vida de Lord Byron, vida breve como una tempestad. Era imposible que habitara en su patria. Comenzó, pues, una peregrinación, al acaso, como siguiendo el vuelo de su pensamiento y de su deseo. Artistas, los

climas del Mediodía eran los naturales climas de su alma. Allí, en la transparencia del aire, en la brillantez del sol, en los aromas de las flores, en las exaltadas pasiones, encontraba satisfacción al vivísimo deseo de realizar la poesía en la vida, ó exaltar la vida hasta la poesía. Empezó su camino desde Inglaterra á Bélgica y de Bélgica á Italia. Su primera visita fué al campo de Waterlío, triste y vulgar cuadro donde fué á quebrarse el cetro de hierro forjado por Napoleón I con las balas caídas á sus pies y estrelladas en su genio. Naturalmente, lo grande cautivaba siempre á Byron: las grandes bellezas, las grandes ideas, las grandes pasiones y los grandes crímenes. Su genio, original por excelencia, se rebelaba contra todo lo vulgar. Las costumbres consagradas, las leyes sociales imperiosas, le molestaban como á un náufrago las corrientes y las olas. Si hubiera podido, arrancara su cuerpo á las leyes de la gravitación física y su alma á las leyes de la gravitación social. Y en esta lucha con fuerzas tan poderosas y tan necesarias, destrozaba alma y cuerpo, bebiendo á grandes tragos el licor de los sueños eternos, el licor de la muerte. Naturalmente, debía exaltarle ver el campo donde el genio que desde la cuna velada por la plebeya Letizia Ramolino, se había elevado al trono de Carlo-Magno, y desde los Alpes había volado á las Pirámides, y de las Pirámides á las torres de Nuestra Señora, encubriendo el planeta bajo sus alas; ver ese genio extraordinario, que sostenía con sus hercúleas fuerzas una sociedad casi desplomada; verlo perdido entre el polvo y el humo que levantarán las legiones inglesas; verlo estrellando su pajanza, que parecía propia de Dios, contra la vulgar paciencia de un hombre. Desde Waterlío, donde todavía estaba fresca la sangre de las derrotas napoleónicas, corrió al Rhin; y por el camino del Rhin entró en Suiza. Esta tierra se halla sembrada por doquier de recuerdos históricos. Los grandes hombres han ido allí á respirar el aire de las montañas y el aire de la libertad. Especialmente las riberas del Lemán, donde Byron se fijó algún tiempo, recuerdan los protagonistas del siglo décimo-octavo, de ese siglo, cuya filosofía fué una revolución, y cuya revolución será la clave de toda nuestra filosofía de la historia. Yo he visitado la casa habitada por Byron cerca de Ginebra, como visito siempre, oscuro peregrino de la libertad, los sitios ilustrados por el heroísmo y por el genio. Yo he visto á la orilla del lago, en una colina sembrada de viñedo, oculta en el follaje, como nido misterioso, aquella modesta habitación donde tantas sombras, que llenarán los anales del género humano, se agolparon á su cerebro. En frente, el Jura levanta su cadena de color de violeta por selvas tachonada; desde el pie del Jura hasta el lago, se extienden praderas verdes eternamente, cuya uniformidad cortan los blancos caseríos y los árboles oscuros; en el fondo, la tranquila superficie del lago, repitiendo la claridad del cielo; á un extremo, Ginebra, que alza á los aires sus techos de pizarra, y al otro extremo las pintorescas poblaciones del cantón de Vaud; por la espalda, la inmensa cordillera de los Alpes, envuelta, como un ejército de blancos y caprichosos fantasmas, en sus mantos de nieve,

sobre la cual borda la áurea luz todos sus preciosos cambiantes; sitio de delicias, tranquilo como una égloga, y sin embargo abrupto, sublime, en perfecta consonancia con el espíritu del poeta. Por aquellas orillas se refugiaron muchos genios que han dejado en la humanidad inextinguibles huellas. Cada piedra habla allí de Rousseau, de ese escritor melancólico y sombrío que prestaba á la realidad sus propias tristezas; de ese profeta elocuentísimo que transformó la realidad con sus esperanzas. Allí Voltaire trabajó largos años, contemplando un pequeño segmento del lago que se descubre entre el follaje oscuro y la alta cúspide del Mont-Blanc, dibujadas en el celeste horizonte. Por allí concluyó Gibbon su historia de la decadencia de Roma, empezada á la vista de la cima del Imperio y terminada á la vista de las regiones por donde los bárbaros asaltaron el Imperio. Con esta naturaleza, con estos recuerdos, con estos espectáculos, con el trato de Madame Staël, que á la sazón habitaba las orillas del Lemán, distrajo Byron un poco sus pesares y olvidó un poco su desagradecida patria. Pero, al fin, Italia era el centro de gravedad de su alma. El camino del Simplón le convidaba á pasar á la tierra de las artes. Lo tomó, y descendió á Lombardía. Por aquel camino debió sentir las grandes inspiraciones de su *Manfredo*, al estridor de los torrentes despeñados de alturas incommensurables y quejándose entre las breñas; al grito agudo de las águilas solitarias sobre los desnudos picachos; al fragor de los árboles tronchados á los aludes que bajan rodando estrepitosamente por los desfiladeros y teniendo sus fragmentos de cristalina nieve como una lluvia de diamantes; al cambio desde las oscuras sombras de los valles por el abismo oculto y perdido en las altas cimas donde parece que la mente conquista lo infinito, y se baña regenerada en la inmensidad, y se comunica estrechamente con el espíritu vivificador de la naturaleza. En Milán se detuvo algunos días. Byron compara esta hermosa ciudad italiana con nuestra hermosísima Sevilla, y le da á Sevilla la preferencia. En la Scala de Milán le vió por primera vez el fino observador, el agudo crítico, el minucioso fisiólogo de la sociedad italiana, el ingeniosísimo Sthendel, cuya intolerancia con mis convicciones filosóficas y con mi escuela literaria no puede ser parte á ocultarme su mérito. Dice Sthendel de él, que habiendo observado en el momento en que escuchaba extático una melodía, descubrió en la expresión de su rostro, en la anchura de su frente, en los matices de sus ojos, en la elipse de sus labios, todas las señales del genio. En efecto, El Apolo de Belvedere no lanza sus flechas con tanto ímpetu y tanta majestad como Byron lanzaba la inspiración, según el sentir universal, de sus ojos oceánicos. Pero, al fin, Byron debía fijarse en Venecia. La laguna, el mar, los palacios de mármol, los cuadros de un relieve maravilloso, las góndolas misteriosas, las aventuras nocturnas, los festines, los recuerdos históricos, la poesía en acción, todo se acomodaba, todo, al estado de su ánimo y á la naturaleza de su genio. Aquella ciudad era como la forma exterior de su alma, sublime, romántica; á veces alegre, y veces triste; ya sensual,

ya monástica; ni fija en la tierra ni perdida en el cielo; pasando del desorden de la orgía á la desesperación cerca del suicidio. El alma de un hombre y el alma de una ciudad se encontraban. Los dos padecían. Los dos lloraban. Los dos se hundían en el placer buscando el ingrato olvido. Los dos carecían de patria. Los dos dudaban de la justicia de Dios y maldecían la justicia de los hombres. Los dos buscaban fatalmente en el exceso de la vida el descanso de la muerte. Venecia era la concha marina donde se replegaba como en su hogar el alma del poeta.

Dirigióse, pues, á Venecia. En el camino se detuvo á visitar la tumba de Julietta, inmortalizada por el genio de Shakespeare. Allí en triste jardín, abandonada como una ruina, solitaria como un corazón sin amor, está la tumba donde la piadosa tradición de los pueblos, fieles al culto de todos los martirios, se empeña en ver el lugar del reposo último de Julietta. La alondra, cuando pasa á saludar el próximo día, como si quisiera llevarle en su cántico la oración de todos los séres, ignora que aquellas piedras la acompañan, aunque mudamente en su himno matinal y en sus amores por la luz; pero el poeta, que tiene la conciencia de todos los tiempos, se detuvo un momento á beber un consuelo y un recuerdo en aquella fuente de sublimes inspiraciones. Por fin, llegó á Venecia, donde debía pasar desde mil ochocientos diez y siete á fines de mil ochocientos diez y nueve; sólo una vez dejó la ciudad de las lagunas para contemplar el espectáculo que ofrecen Roma en su severa majestad y Nápoles en su voluptuosa alegría. Volvióse pronto allí, á Venecia, donde el exceso del dolor y el exceso del placer, se acomodaban igualmente á su genio, desgarrado por todas las penas y combatido por todos los deseos. Mas ni siquiera allí le dejaron sus enemigos. A cada momento le llegaban á través de los mares; en el tormento del destierro, insultos de su patria. Es indudable que la vida del poeta en Venecia fué una vida de orgía y desorden. Pero también es indudable que buscaba en el placer la muerte. Byron tragaba un veneno, sabiendo que era dulce al paladar y corrosivo á las entrañas. Cuantas veces nos presenta la vida ejemplos de estos suicidios. Las fuertes emociones, el insomnio, el goce, el vino, los placeres, la amargura que los placeres dejan en el alma, concluyen por quebrar, como si fueran de vidrio, las más poderosas organizaciones. A esto se añadían los excesos en sentido opuesto: el ayuno llevado hasta el aniquilamiento de sus fuerzas y la meditación llevada hasta las exaltaciones del delirio en los momentos solemnes en que se acordaba de la grandeza de su alma y de la inspiración de su genio. En esto llegó el carnaval, un carnaval de Venecia. El Austria fomentaba el placer para que el placer matara el recuerdo de la libertad. Todos los tiranos saben que la virtud es su enemiga, su Judith. Venecia en esto conspiraba con Austria. En el fondo de su ergástula danzaban los venecianos locamente, como pidiendo á la danza la fatiga y a la fatiga la muerte. Así mueren al pie de sus ídolos muchos fanáticos del antiguo Oriente. Ella también buscaba en su copa orgiástica un suicidio. Es inútil decir cuánto contri-

buyen á los placeres y á las locuras del carnaval, aquellos edificios llenos de recuerdos, aquellos interminables salones llenos de voluptuosas figuras que se destacan de los rientes cuadros, aquellas góndolas que parecen la sombra de un misterio, aquellos negros ojos de las venecianas, que brillan, ora dulce, ora siniestramente, al través de la máscara; aquel aire salado de las lagunas, que ofrece con el eterno eco del beso de sus olas, un acompañamiento apropiado á los vértigos del baile y á la voluptuosidad de la música. Aún recuerdo, cuando una noche, á la embocadura del gran canal y al mustio resplandor de la luna, mientras contemplaba las islas alzando sus blancos campanarios de mármol, y los palacios extendiendo sus dos cincelados muros sobre el agua celeste y argentada; aun recuerdo que del seno de una góndola lejana salía un aire de la *Lucrecia* de Donizetti, y rápidamente pasaron ante mi imaginación exaltada aquellas cenas venecianas en que corrían juntos el vino y el veneno, en que danzaban abrazados la muerte y el placer. Los amigos, que vieron á Byron por este tiempo, no le conocían. Su demacración, su palidez, le daban el aspecto de un cadáver iluminado sólo por el brillo de sus ojos fatalmente hermosos. El placer lo había consumido. Entre aquellos amores de un día, fijóse Byron pronto en una mujer bella, morena, de ojos negros, de temperamento sanguíneo, de alta estatura, robusta como una Venus del Ticiano, sensual como una bacante, pero capaz del amor, y en el amor, del sacrificio. Era Mariana, propietaria de la casa en que Byron vivía, mujer casada y con hijos, pero pronta á dejarlo todo por el poeta. Los amores ligeros no tienen esa compasión de los amores profundos, que aun cuando vean las debilidades y los defectos del objeto amado, los consideran como una enfermedad digna sólo de atención y de cuidados. Byron vió pronto que Mariana era violenta y celosa. Un día, en que el poeta hablaba con la cuñada de esta ciega mujer, apareció Mariana y dió un bofetón á la pobre muchacha. Otro día vendió una joya que Byron le había regalado y que Byron volvió á comprar para volver á regalársela. Por fin, aquel amor sensual se satisfizo pronto. Nada hay más insaciable que el amor puro. Nada más fácil de ser satisfecho que el amor de los sentidos. Placer, y sólo placer, es sinónimo de hastío y sólo hastío. En el bien y en la pureza está con la intensidad del amor verdadero, la seguridad del amor eterno. El abismo del corazón no se llenará jamás sino con lo infinito. Pero la voracidad de los apetitos se satisface y se gasta fácilmente. Byron abandonó la casa con la querida y fué á instalarse en el palacio Mocénico, en el centro del gran canal veneciano. Allí fué el teatro de las aventuras de Margarita Cogni, célebre panadera veneciana. Hay quien la compara á la Fornarina; pero entre la amante única de Rafael, ó al menos la amante preferida, y esta amante de algunos días; entre aquella fuente de inspiraciones y esta fuente de disgustos, media una inmensa distancia. En Venecia encontré gente que la conoció todavía vendiendo ostras en el mercado, y buscando muchachuelos que regalaran sus oídos con las traducciones italianas del poeta, á quien había amado brutalmente. Era una mujer